

Verdad de hecho y verdad de teoría: acerca del sentido de la verdad y los principios de la ciencia en Eduardo Nicol

Rush González*

Recepción: 6 de abril de 2005
Aceptación: 15 de junio de 2005

* Facultad de Humanidades, Universidad
Autónoma del Estado de México.
Teléfono: (01 713) 1 31 35 81.
Correo electrónico: rushlogo@yahoo.com.mx

Resumen. En el presente texto presentamos la concepción general acerca de la Verdad en el pensamiento filosófico de Eduardo Nicol. Para este autor catalán la Verdad posee tres acepciones: verdad como comunidad, verdad como teoría, y verdad como hecho. Sin embargo, pretendemos mostrar que entre estas tres acepciones existe una sistemática entreveración. La verdad preeminente ontológicamente es la verdad de hecho, de donde se levanta la verdad de la presentación del ser en tanto que presentación social o comunal, de aquí surge la posibilidad para la verdad como creación teórica.

Palabras clave: verdad, comunidad, teoría, ciencia.

Factual Truth an Theoretical Truth: About the Meaning of Truth an the Principles of Science According to Eduardo Nicol

Abstract. This paper presents the general conception of Truth according to the philosophy of Eduardo Nicol. On the word of this Catalanian philosopher, Truth has three different dimensions: community truth, theoretical truth, and factual truth. However, this work seeks to show that there is a systematic compenetration among these three meanings. Ontologically, factual truth is considered the principal one, from which truth of self-presentation emerges, as well as social an community one. Thus arises the possibility of truth as a theoretical creation.

Key words: true, community, theory, science.

Introducción

Este texto pretende trazar los distintos ángulos acerca de la concepción de la verdad en el contexto de la filosofía de Eduardo Nicol.

Eduardo Nicol es un filósofo catalán nacionalizado mexicano. Nació en 1907 y murió en 1992. Su producción teórica recorre distintos caminos del pensar virando por distintas temáticas graves para la filosofía, tales como la

cuestión del ser, del conocer, del actuar, la idea del hombre, por ejemplo. En cada peldaño muestra signos relevantes de originalidad en sus concepciones. La filosofía de Nicol se desarrolla en abierto diálogo con los filósofos del ser y los de la ciencia del siglo XX. Entre algunos de sus aportes relevantes a la historia de la tradición destacan los siguientes: la compleja concepción del hombre como ser de la expresión, de donde se derivan múltiples formulaciones acerca del humanismo, de la estructura de la

historia, del papel y función del hombre en el orden de lo real. Otra aportación importante viene por su ontología, mediante la cual entiende al ser no como puerto de llegada o cuestión anhelada; el ser es ante todo presencia, está intensivamente presente, por lo que se descarta toda interrogante como medio de acceso al ser. Al ser no se accede por método alguno, la pregunta por el ser pierde sentido ante esta concepción, en el ser ya estamos desde siempre: el ser no es problema, antes bien es el punto de partida invariable para todo problema posible. Otro aspecto se desprende de sus planteamientos epistemológicos; la estructura que dibuja acerca del proceso del conocimiento nos propone tres acepciones acerca de la verdad, mediante las cuales llegamos a lo que el autor denomina “los principios de la ciencia”. Podría decirse que Nicol efectivamente propone una nueva refundamentación de la ciencia mediante la sistematización de principios metateóricos.

Generalmente, a la verdad se le ha entendido como adecuación o como desvelación, lo que lleva directamente hacia la relación que se establece entre un sujeto cognoscente y un objeto cognoscible. Sin embargo, resulta también interesante la exposición de otra concepción, la cual para Nicol no se construye exclusivamente en una suerte de adecuación entre el sujeto y el objeto.

La verdad, para nuestro autor, trasciende a esta mera relación. No es un sujeto en solitario quien consigue la verdad, se requiere además el concurso sociológico del otro, es decir, del semejante. La verdad no es una empresa privada, es una actividad comunal, una hazaña que se consigue mediante una acción comunicativa. En este sentido, otro aporte de Nicol a la tradición se cifra en importar otro significado al clásico de la verdad, entendida ahora como comunidad.

Pero la verdad no sólo posee una acepción social o comunal; también posee un valor epistemológico: la verdad es una construcción del conocimiento metódico, es decir, del conocer que transita por la vía del método. A esta acepción de la verdad Nicol la denomina verdad de teoría.

Junto a estas dos facetas, en la geografía de la obra del autor catalán también podemos hallar las verdades de hecho, es decir, el conjunto de verdades básicas o fundamentales que constituyen el cuerpo de lo que Nicol denomina “principios de la ciencia”. Tres facetas de la verdad se distinguen en su filosofía: la verdad como comunidad, la verdad de teoría y la verdad de hecho.

La verdad es una construcción del conocimiento metódico, es decir, del conocer que transita por la vía del método.

1. La verdad como comunidad

No existe en la historia del pensamiento una noción unitaria acerca de la verdad. Se le ha concebido como *adaequatio*, como consenso; como desvelación (Villoro, 1999: 213-232). Nicol (2000: 40) mismo lo reconoce: *el concepto de verdad no es un concepto unívoco*. Sin embargo, toda concepción conlleva el anhelo de seguridad en su apuesta. El sentido de la búsqueda de la verdad se hilvana con la búsqueda de seguridad. La seguridad en el conocimiento se revierte en confianza para la existencia.

En el horizonte de nuestro autor, podrían decirse, existen dos direcciones de la verdad: una que apunta hacia la relación entre la razón y el objeto, y otra, hacia la relación entre el yo y el tú. Ambas son correlativas, aunque no gozan de la misma preeminencia. Generalmente en la historia del pensamiento, la noción de verdad ha sido restringida a la relación entre la razón y la realidad; aquí, sin embargo, encuentra una variante: no sólo es verdad la conveniente representación de la realidad, lo es además, ante todo, su presentación ante el otro. “La verdad, no es como suele creerse, una pura relación del pensamiento con el ser [...], es [además] una forma singular de relación del yo con el tú” (Nicol, 1980: 235). La verdad posee dos acepciones: la relación del pensamiento con el ser, y la otra, es una forma singular de relación entre el yo y el tú; o para decirlo de otra manera, la verdad posee una acepción *epistemológica*, y otra, cuya índole, más que epistemológica, es estrictamente *ética*. Aunque esto no quiere decir que la primera no posea en su haber el nexo ético que suscitan los interlocutores. Sin embargo, puede sostenerse el sentido de una idea de verdad cuya peculiaridad no está matizada por el color de la verdad probable.

Tratemos de esbozar primeramente esta segunda acepción (de la verdad no epistemológica) mediante el recurso de la ‘representación’. ¿Qué entiende Nicol propiamente por representación? “La representación es una presentación” (Nicol, 2002: 45). Representar es presentar, la representación se cumple en la presentación. No hay presentación sin el tú, de donde inferimos que tampoco puede haber representación en solitario. Es una operación comunal que se lleva a cabo mediante el concurso de los otros.

Aquí también encontramos una variante en la noción clásica de representación, la cual generalmente se había identificado con la percepción enteramente subjetiva. La representación ciertamente es una operación simbólica, pero en la idea tradicional resulta intransferible. Pero lo que no es

transferible es lo que no hace comunidad, es incomprensible, es irrepresentable. La percepción no es una auténtica representación, porque no está expuesta. La exposición no se hace con los sentidos, se realiza mediante el *logos* expreso. De hecho, el *logos* posee dos componentes: “la expresión y la representación” (Nicol, 2000: 78); ambos son como el anverso y el reverso de una moneda, solidariamente constitutivos e inseparables; la expresión es la palabra con la que se exterioriza una impresión, asimismo la representación es el pensamiento, que nunca es inconexo porque se teje mediante palabras.

Todo acto de presentación se realiza mediante una exposición por el *logos*, en una operación apofántica; de tal manera que podríamos apresurar la carrera a inferir que el *topos*, tanto de la representación como de la presentación, subyace en el *logos*. El *logos* es por antonomasia vinculatorio, une la razón con el ser, y a la vez reúne a los parlantes.

La huella de la representación podría entenderse en más de un sentido como otra radiografía del conocimiento. ¿Cómo ocurre la representación?, ¿en qué orden aparecen las instancias implicadas en esta hazaña? El autor afirma: “La apofánsis es una presentación. Viene después la representación, mediante un símbolo conceptual” (Nicol, *ibid.*: 71). La palabra es un órgano eminente para el conocimiento, el conocimiento es un pensar, y se piensa sólo con palabras. Mediante la palabra se fija la mismidad y objetividad de la cosa mentada; es decir, la cosa queda expuesta y fija por la palabra. “Pensar no es combinar imágenes mentales. Es exponer el ser: darle exterioridad [...] se piensa con palabras” (Nicol, 2002: 52).

Primero está la ‘presencia’ positiva del ser, luego la ‘presentación’, y en un tercer momento, la ‘representación’. Primero está el ser, posteriormente la percepción sobre éste, y en tercer lugar el parecer. La representación es la tercera de estas fases, y en este orden converge con el de la objetivación del ente, la cual sucede también en un tercer momento como consecuencia de la contrastación entre los pareceres. Presencia-presentación-representación: este, podría decirse, es el hilo del esquema del conocimiento.

Pero queda una pregunta más: ¿cómo puede el *logos* pensar o representar efectivamente a la realidad? Nicol afirmaría que es posible gracias a la conveniencia original entre ser y *logos*:

Primero: la relación significativa es posible por aquella *adecuación primaria* entre el ser que habla y el ser de que se habla [...] Segundo: la relación significativa es factible porque los términos que la constituyen no son heterogéneos: la significatividad es dialógica [...] *todo sentido es consentido* (Nicol, 1974: 181).

La palabra, que es un símbolo del ente, representa a la cosa porque posee un significado que afecta ‘significativamente’ a los hombres que la emplean. La palabra se refiere a la cosa, la significa, le infunde un sentido a la realidad, el cual siempre es consentido. En suma, la representación es posible porque existe una conveniencia original entre el *logos* y la realidad, y en segundo lugar, porque existe otra conveniencia entre las personas, quienes son esencialmente expresivos en su ser, requieren indispensablemente expresar para ser; y la ocasión para esto es el ente, que al paso les sale en común.

Por eso el sentido ético de esta acepción de la verdad alude estrictamente a un sentido social, comunal; porque esta exposición es doble: “queda expuesto el ser que expone, y queda expuesto el ser que es contenido de la exposición” (Nicol, *ibid.*: 47). Al hablar, el sujeto está recogiendo el dato de la presencia, está exponiéndolo, está presentándolo, pero simultáneamente su ser propio está, igualmente, siendo expuesto. No hay representación sin presentación; podría decirse que la representación es gestionada por la presentación, es decir, por la palabra. Pero en ella no sólo queda expuesta la evidencia de la presencia, también queda confirmada la presencia del ser de quien, haciendo la presentación de la realidad, se expresa. No hay propuesta sin representante, exponer el ser es exponerse. ¿Ante quién quedan expuestas estas dos presencias? Ante el otro. Y sólo en el otro se completa este circuito de la representación.

Nuestro filósofo dice: “el carácter ético de la verdad [...] es una respuesta que implica una doble exposición o responsabilidad: con ella queda expuesta [...] la cosa, y queda el expositor comprometido o expuesto, en el sentido ético existencial” (Nicol, *ibid.*: 163). ¿Cuál es la responsabilidad ética que el sujeto contrae en esta acepción? Podría decirse que el compromiso sobreviene por partida doble: una es la responsabilidad social de hacer presente, en cada momento, al ser mediante la palabra; y la segunda, esforzarse permanentemente en realizar una *adecuada* presentación ante el otro, es decir, responsabilizarse tanto por la forma y el contenido de sus expresiones. El humano es el ser de la expresión eminentemente, a través de ella exponemos nuestro ser ante el otro, y a la vez asimilamos el ser del otro. La expresión es el medio por el cual la comunidad se retroalimenta, de tal manera que una desafortunada forma de expresión habrá de repercutir negativamente no sólo en el otro; tarde o temprano, se revertirá sobre nosotros. Somos lo que expresamos, nuestras expresiones alimentan al ser de los otros, y a la vez, de las expresiones de los demás se nutre mi ser. Esto nos compromete recí-

procamente en el cuidado de la forma de la manifestación, o presentación, del ser.

“La verdad es la manifestación del ser” (Nicol, 2000: 70). Tal verdad es esencialmente dialógica, lo cual le confiere el adjetivo de comunitaria. *La verdad es estrictamente comunidad*. El ser es presencia, la verdad es adquirida. Un sujeto solo, no adquiere la verdad de la presencia del ser, antes bien, la adquiere mediante un acto comunicativo, expresivo; es decir, en un acto comunal. La “metafísica de la expresión [...] revela que esa evidencia, que es inmediata y común, se obtiene precisamente en un acto expresivo o comunicativo” (Nicol, 1974: 122). Sólo en el diálogo queda plasmada la evidencia del ser. Esta evidencia es positiva, y no requiere explicaciones ulteriores. Esta verdad sostiene todas las posibilidades epistémicas de los hombres. Ninguna duda o postura quebranta la verdad del ser. Más que un resultado de la investigación parsimoniosa, es una forma de ser del hombre, que consiste en dialogar, unos con otros, permanentemente de cara al ser.

“La relación pura con el ser siempre es verdadera” (Nicol, 1980: 229), esta verdad no puede entrar en crisis ni quebrantarse. No posee contrario, pues no es una verdad posible producto de una variable teórica. No es acumulable ni perfectible, cual si fuese producto de una rectificación. La manifestación del ser nunca es incorrecta, es positiva y ética. El hombre habita comunalmente en el abrigo de esta verdad, actualizando en cada operación del *logos* su eminente realidad.

Podría decirse que los hombres se encuentran interrelacionados, y su nexo es precisamente la expresión: “La expresión no es mediadora, sino inmediatamente comunicadora del ser” (Nicol, 1980: 39). Al expresarse en cada situación, el hombre reaviva permanentemente la comunidad de la verdad. Ciertamente la morada de la verdad es el *logos*, pero en cierto sentido la morada espiritual de los seres que se expresan es la verdad. Por esto, conjuntamente con el autor asentimos, en el hombre habita en la verdad, porque es esencialmente el ser de la verdad. Su modo de ser, invariablemente, consiste en manifestar la verdad de la presencia del ser.

Cabe señalar que a través de la *verdad* de la verdad, el autor logra establecer, una vez más, la reunión total y cabal de todo lo que es. Siendo la expresión el medio para reavivar permanentemente la verdad de la presencia del ser, “es un nexo efectivo de cada uno con todos y con todo: en ella se manifiesta la interdependencia y solidaridad de todo lo que existe” (Nicol, 1992: 19). Esto evidentemente no es novedad; el filósofo encontrará distintas ocasiones para acentuar la integración del ser consigo; sin embargo cabe men-

cionarla, porque representa un perfil desde donde puede atisbarse, una vez más, esta reunión total del ser a través de la presentación de la verdad, que no es sino la reunión total y cabal que el ser logra mediante el *logos*. Todo está interconectado, cada movimiento repercute en el resto del todo. Todo está integrado, nada queda fuera, el ser es el *non plus ultra*, todo está en él contenido, no hay más allá, todo lo posee. Por el *logos*, el ser logra confirmar ese recogimiento íntegramente desde su centro mismo.

2. Sobre la verdad de teoría

No toda verdad es evidente desde el inicio. Hay que reconocerle el mérito a Nicol de haber aportado una variante más en la tradición acerca de la idea de la verdad entendida como evidencia del ser, la cual no puede ser en absoluto discutida. Se discute la esencia de las cosas, pero *no se discute la presentación* del ser. La presentación de la evidencia del ser se corresponde con la idea de la verdad como comunidad. A su vez, la comunidad de las verdades hipotéticas, formadas por la razón, se corresponde con la idea de la verdad de teoría.

Con lo anterior podría decirse que si bien en la verdad primitiva estriba la más segura de las posesiones del hombre, no posee estrictamente un valor epistemológico. No puede ser invalidada, tampoco puede adquirir un rango mayor de certeza. En esta verdad, poco o en nada cuentan las diferencias entre los participantes, lo cual equivale a que es independiente del punto de vista de los hombres, no es resultado del planteamiento de un problema. En pocas palabras, esta verdad no posee un valor epistemológico porque no es resultado de una búsqueda parsimoniosa por el camino de las variables hipotéticas, es antes bien una manera de ser. No le interesa transitar de la hipótesis a la teoría, le preocupa presentar la evidencia del ser.

El valor epistemológico de una proposición sólo puede ser el resultado de una alternativa. La verdad primitiva no posee opción, es un hecho. Nicol mismo, indirectamente, así lo ha sugerido cuando afirma contrastantemente: “El científico puede ser engañoso. Pero la relación pura con el ser siempre es verdadera, aunque resulte errónea [...]. El error es una aproximación fallida, y tiene la misma intención que la verdad” (Nicol, 1980: 229).

En este pasaje podemos leer los dos modos de la verdad: como presentación y como hipótesis de teoría. La verdad como presentación es infalible e indubitable, por lo tanto no puede ser refutada, es decir, no puede adquirir cualitativamente el adjetivo epistemológico tentativo de válida o no válida. Puede refutarse sólo una proposición

que puede incurrir en error, que no es el caso de la verdad primitiva. El autor dice: el científico puede ser engañoso, las hipótesis de teoría comienzan siendo un engaño, hasta que se demuestra lo contrario. Sin embargo toda hipótesis es científica independientemente de su acierto o equivocación. Esto no está en discusión. Evi-

dentamente en la ciencia existen planteamientos hipotéticos diversos, unos son erróneos y otros son acertados, ambos son constitutivos de la ciencia. El autor afirma que, tanto el error y la verdad son una posibilidad de la ciencia: “En ciencia, la verdad es una posibilidad. La alternativa es el error [...]. Las verdades de teoría son hipótesis: presuntas verdades [...]. La verdad posible es un error posible” (Nicol, 1990: 334). Establecer que una hipótesis puede ser válida significa que puede ser verdadera. Su validez le viene conferida por su condición de alternativa. Sin alternativa no hay ni error ni verdad. El error es una alternativa de la verdad, y a su vez, la verdad es una alternativa del error. Hay verdad en tanto que se corrige el error. La validez de una proposición depende de la medida en que se corrigen los errores, sin apostar nunca a su exterminio.

Error y verdad son constitutivos de la ciencia. Pero las verdades de la ciencia son hipotéticas, presuntas verdades, producto de una alternativa, no están definidas desde el inicio, tienen que probarse, y en esta prueba pueden resultar acertadas o erróneas. La validez epistemológica de una verdad es el resultado de un proceso donde puede adquirir el adjetivo de válida o no.

El error epistemológico es una aproximación fallida, de donde se infiere por contraste que la verdad es una aproximación afortunada. El error es un desacierto, la verdad sería una *correspondencia*. Toda hipótesis científica es, en realidad, una apuesta, y sólo el examen posterior definirá si esta presunta respuesta es un acierto o una aproximación fallida. La verdad entonces se entiende como una aproximación afortunada, es decir, como correspondencia entre la afirmación simbólica y la esencia de las cosas. “Lo que llamamos verdad, no es sino el resultado precario, vacilante, de conformación, de *adecuación* o *correspondencia*, entre la función organizadora de nuestra conciencia y la organización objetiva de la realidad” (Nicol, 2000: 442). En la verdad existe la justa coincidencia entre la función organizadora de nuestra razón y la organización objetiva de la realidad.

La ciencia propiamente dicha tiene que construir sus verdades a partir de hipótesis variables, mediante una investi-

“La relación pura con el ser siempre es verdadera” (Nicol, 1980: 229), esta verdad no puede entrar en crisis ni quebrantarse. No posee contrario, pues no es una verdad posible producto de una variable teórica. No es acumulable ni perfectible, cual si fuese producto de una rectificación.

La manifestación del ser nunca es incorrecta, es positiva y ética.

gación parsimoniosa y prolongada. A la verdad de la ciencia puede llamársele verdad de teoría, porque es el resultado ulterior de una indagación, representa la conclusión de una investigación. Sólo una verdad de esta naturaleza puede ser aceptada o rechazada, es decir, sólo una respuesta que posea alternativa puede ser epistemológicamente válida o desdénable, acertada o fallida, aceptable o rechazable.

En la ciencia, toda idea nueva comienza siendo una hipótesis; como dice Nicol, una presunta verdad. El avance general de la ciencia siempre está edificado sobre pequeños tabiques, donde se cifra la inventiva de los investigadores. El avance de la ciencia, podrá decirse, está constituido por dos episodios: uno, la inventiva, y otro, la validación o confirmación.

Contrariamente a lo que anteriormente se pensaba, el progreso científico no consistía simplemente en observar, acumular hechos experimentales

[... comienza] con la invención de un mundo posible, o un fragmento de él [...]. El pensamiento científico puede ser caracterizado como un proceso de invención o descubrimiento, seguido por su validación o confirmación (Ruiz *et al.*, 2004: 16-17).

O en palabras del propio Nicol (1974: 65), “la ciencia no consiste solamente en observar lo que tenemos delante y registrarlo [...], se mantiene ahí en reserva [...] la construcción simbólica de la teoría. Esto quiere decir que tanto la observación, así como el acopio de datos, es apenas la operación preliminar para la investigación científica. La ciencia no es el mero registro y acumulación de datos, es decir, la mera presentación del ser; encuentra en esto último su punto de partida, sí, pero no consiste, en absoluto, en esto.

Desde la óptica del filósofo catalán, no serían dos sino tres los momentos del proceso del conocimiento científico: primero, la presentación; segundo, la creación representativa, y tercero (que lo desmarcaría de todo conocimiento no científico), la validación o confirmación. Primero es la apóphansis, por el *logos* del ser; luego la póiesis, la producción representativa, momento que coincide con el de la elaboración de respuestas hipotéticas; y finalmente se convalidarían o probarían dichas afirmaciones.

La esencia de la hipótesis no consiste en su tendencia hacia el acierto. De hecho se encuentra a medio camino entre éste y el error. Es el producto de una imaginación inventiva, una creación estrictamente simbólica con sentido social.

El trabajo científico es *representación* y creación. La ciencia es representativa de la realidad, pero no es pura representación, mera consignación de datos, registro de lo que ocurre [...]. El acopio y el examen de los datos no es sino una tarea preliminar que estimula la investigación y que culmina en la teoría [...]. La teoría, por tanto, es creación; producto de una inventiva (Nicol, 1990: 173).

El trabajo de la ciencia es representación y creación. Vemos cómo la presentación originaria del ser es correspondida por un esfuerzo creativo de invención. La presentación es apenas el primer paso, proseguido por un empeño imaginativo para explicar la esencia de la realidad. Este último empeño imaginativo es una creación explícita del sujeto, es la invención de un mundo posible, la construcción de una verdad susceptible; por esto es, ante todo, una presunta verdad, una hipótesis de teoría, la cual habrá de ser posteriormente remitida a examen para decantar en la consolidación de una teoría, o dar el salto de mera hipótesis a teoría.

Tal vez uno de los rasgos distintivos de la ciencia, que desde ahora podemos afianzar, sea el siguiente: es el resultado de la reunión metódica entre la *representación* del ser y la *creación* de un mundo virtual posible acerca de la esencia de las cosas. Ciencia no sólo es representación, es un afán constante por construir respuestas posibles acerca de la realidad. Este margen de posibilidad convierte a este menú de respuestas en hipotéticas. Este dejo de creación es lo que constituye propiamente a una hipótesis.

Hipótesis no sólo es una presunta verdad; tal vez su característica más peculiar sea precisamente este dejo de creación. La esencia de la hipótesis no consiste en su tendencia hacia el acierto. De hecho se encuentra a medio camino entre éste y el error. Es el producto de una imaginación inventiva, una creación estrictamente simbólica con sentido social. Dice nuestro autor: se discuten las hipótesis acerca de la esencia del ente, no su presentación. La presentación permanece inmune de las distintas posturas acerca de un fenómeno. Refutable sólo lo es la visión hipotética que alguien ha construido acerca de la realidad, pero no lo es la

realidad. No posee propiamente 'sentido', lo tienen únicamente las ideas que el hombre genera a partir de su contacto con ella y que puede exponer ante el otro. Por eso, el sentido ético de la verdad no se agota en la verdad primitiva, también la verdad de corte epistemológico posee un carácter ético: la contrastación de hipótesis es un acto dialógico. La realidad, como bien lo dice Nicol, no se entiende; se entiende únicamente el mensaje del otro. La realidad no se discute, se discute la opinión que guarda el otro. Si me convence la aceptación y si no, la rechazo.

La realidad florece como el claro abierto donde se asientan los distintos objetos propios de la ciencia, que no es una catalogación de hechos, es invención y creación. ¿Qué se inventa? Se inventan cada vez hipótesis más ingeniosas acerca de la esencia de las cosas. Una hipótesis es reemplazada por otra cuando ya no convence, o en el mejor de los casos, cuando ya no explica la esencia del fenómeno (Lakatos, 2002: 15-16). Toda teoría científica es una creación racional y social, perfectibles en la medida que se cuenta con instrumentos, materiales y herramientas para su rectificación.

Este dejo de creación en las teorías científicas es el primer dato que poseemos para afianzar la historicidad de la ciencia. ¿Cómo explica nuestro autor la razón de la historicidad de la ciencia? En primer lugar, subraya, porque es ante todo una creación inventiva: "La ciencia es histórica precisamente porque contiene ese elemento de creación" (Nicol, 2000: 40). La creación es novedad, innovación. La teoría científica es una creación humana, y en este punto quedaría explicada la razón de su historicidad. Todos los productos humanos son históricos. La ciencia es histórica por cuanto que es una invención humana.

El hombre es un ser histórico no sólo por ser tempóreo, sino más bien porque organiza su tiempo; de acuerdo con sus condiciones y posibilidades elige sobre sus alternativas. En la trama de la historia se entrelazan la libertad, el azar y la necesidad. "La vida del hombre está gobernada por el carácter, el destino y el azar" (Nicol, 1992: 30). Ninguno de estos tres elementos en solitario explican la historia. Esta última es el producto del engarce de ellos, donde prevalece el factor novedad. La historia, por antonomasia, es apertura, es innovación. El ser del hombre es irrepetible e insalvable; cambia en cada uno de sus actos, lo cual lo obliga a gestionar y a vigilar estos cambios.

Decir que la teoría científica es una invención significa que en ella están presentes los factores novedad, error y azar, sin los cuales resulta imposible explicar la historicidad de la ciencia y resultarían imposible la prolongación de la misma ciencia. "El factor error, el factor azar, el factor novedad: sin ellos no hay cabal explicación de la historia"

(Nicol, 1990: 337) de la ciencia. Si crear es innovar, significa aportar algo novedoso, literalmente, producir un incremento. La creación de una teoría es el incremento del cuerpo de la ciencia. Su novedad es una innovación cultural, no por necesidad natural, sino por una alternativa racionalmente elegida y construida. Finalmente el ser mismo se reinventa al recrear la ciencia.

“La historicidad no es un rasgo adquirido por la ciencia recientemente, sino constitutivo de ella en general” (Nicol, 2000: 42). La ciencia es histórica, en primer lugar, porque figura como una de las apoteóticas creaciones del hombre. El hombre es histórico en su ser mismo porque es una creación propia. De aquí se infiere que toda producción humana es por definición histórica.

Pero aún más: podríamos afirmar que la historicidad de la ciencia no sólo se explica por este dejo de creación, por parte del hombre en las teorías, también por la esencial incompletitud que posee cada construcción teórica. Ninguna teoría puede arrojarse para sí el título de ser una respuesta o explicación final de un fenómeno. Todo planteamiento teórico es, como ya lo dijo Popper, provisional. Nicol afirma: “Las verdades de la ciencia [...], son meras hipótesis, siempre sujetas a variación” (Nicol, 1998: 169). Podríamos considerar la insuficiencia explicativa por parte de la verdad de teoría como pieza fundamental para complementar la razón de la historicidad de la ciencia. Es histórica porque en ninguna de sus creaciones puede agotarse la explicación final de la realidad. Toda verdad de teoría es tentativa, es aproximativa, pero finalmente perfectible; son precisamente las conclusiones que están siempre sujetas a revisión.

Cada verdad de teoría, por cuanto que no es respuesta final; tiene, en breve, que ser complementada por otra respuesta o explicación más convincente, así que la estructura de la ciencia. La insuficiencia explicativa de las verdades de teoría constituye el motor de la historicidad de la ciencia. De hecho la epistemología contemporánea se ha apropiado de este ‘principio’: la complementariedad teórica, que podemos apreciar a partir de Nicol.

Vemos entonces que la historicidad de la ciencia encuentra justificación en dos razones: como *creación* y como *insu-*

ficiencia explicativa. La historicidad es un rasgo constitutivo, no una cualidad adventicia. Las verdades de teoría son esencialmente históricas, en primer lugar porque son creaciones humanas, y en segundo, porque son esencialmente insuficientes en sus explicaciones.



3. Sobre la verdad de hecho o de la ahistoricidad de la verdad

Una de las peculiaridades en la obra de Nicol es la contrastación recurrente entre la noción de verdad de teoría y la verdad de hecho. Existe entre ellas un juego dialéctico, dibujado por la requisición epistemológica de fundamentación. Las verdades de teoría son una construcción histórica y racional, que poseen el valor de tesis, llevan en su haber “la posibilidad de desechárlas, corregirlas o ampliarlas, por lo cual el pensamiento permanece en estado dinámico” (Nicol, 2002: 201).

El fenómeno del conocimiento científico en el siglo XX está repleto de matices. La imagen del universo, por ejemplo, ya no está constreñida en las acotaciones de un universo cerrado, ahora se ha desbocado, se ha vuelto impredecible. Esto gestiona la asignatura,

ya no de predecir, sino de encontrar la manera “de hacer comprensible lo impredecible” (Balandier, 2000: 55). De ahí, Balandier también expone:

La ciencia actual ya no intenta llegar a una visión del mundo totalmente explicativa, la visión que produce es parcial y provisoria. Se enfrenta con una realidad incierta, con fronteras imprecisas o móviles [...], explora lo complejo, lo imprevisible y lo inédito [...]. En esta posición incierta, los individuos y los grupos no logran definirse bien, fijar sus elecciones, orientar sus conductas. La señalización anticipada es aleatoria [...], es una de las respuestas a esta incertidumbre (Balandier, 2000: 10, 233, 234).

El fenómeno del conocimiento experimenta un trastocamiento sin precedente: ninguna construcción teórica es perenne ni necesaria. Ninguna construcción científica es eterna; todas son posibles y advenedizas; ninguna posee cabal persistencia ni suficiente evidencia.

Sin embargo, la metafísica es ciencia primera, la fundamental, porque le interesan las verdades primeras y fundamentales, es decir, hallar un asidero para la evidencia. Este asidero, sin embargo, ya no podrá hallarse al lado de las construcciones teóricas. La metafísica tiene que mirar hacia otro lado ahora cuando todas las construcciones de la razón se han relativizado por completo. Las verdades de razón ya no son enteramente seguras, son ulteriores.

En este contexto, ¿dónde podrá hallarse lo aún evidente? No en la razón ni en sus creaciones. Lo evidente ha de contarse aparte de las creaciones de la razón. La salvedad ahora se tiñe de este tono: lo evidente, más que una invención, ha de ser producto de un redescubrimiento, lo cual nos abre el camino hacia las verdades de hecho.

“La verdad, no tiene que ser metódica y sistemática” (Nicol, 2002: 68). No sólo la ciencia es el espacio espiritual de las verdades, no sólo son verdaderas las construcciones adecuadas de la razón, también los hechos suelen ser fidedignos, espacios concretos donde puede reposar nuestra confianza. “Un ‘hecho’ es algo que sucede en el mundo externo y que existe independientemente del conocimiento” (Sokal *et al.*, 2002: 109). Un hecho se define como aquello que es y que no ha sido creado o producido por la razón. “Los hechos son como son, y nunca pueden ser objeto de disputa” (Nicol, 2002: 70). No son discutibles, se discuten únicamente las ideas.

Pero no a todo puede adjudicársele el título de verdad. La metafísica tiene que integrarlos sistemáticamente. La verdad es la presentación del ser. Una verdad es más confiable en proporción a su apodicticidad. La verdad de teoría generalmente es ocasionada por una duda, y es, a su vez, de nuevas preguntas, por eso mismo es menos apodictica. Nicol (1990: 231) establece que, “las verdades de razón [...] no pueden ser apodicticas *stricto sensu* [...] son más apodicticas las verdades de hecho que las de teoría”; porque las verdades de hecho no representan la conclusión de una investigación ni tienen el valor o la función de una hipótesis. Tienen que preceder a todo planteamiento teórico. Una verdad de hecho es apodictica, en *stricto sensu*, porque presenta sin más las condiciones ontológicas para la verdad de teoría. La verdad de hecho, en el marco de la obra de nuestro autor, posee una función fundamentadora y reguladora del conocimiento.

La historicidad de la verdad se explica como creación y como incompletitud argumentativa, factores que están ausentes en la geografía de la verdad de hecho; por lo tanto, ésta no es histórica.

No cualquier hecho puede ser etiquetado de verdad. La verdad de hecho ha de poseer algunas características específicas, por ejemplo: universal, inalterable, evidente, primitiva, fundamento y punto de partida; y epistemológicamente, moduladora del pensamiento. ¿Qué suerte de hechos pueden reunir estas características? Evidentemente que no cualquiera. Tampoco es función de cualquier disciplina reunir las sistemáticamente, esta es una consigna propia de la metafísica.

Con eso podemos ver la importancia de la metafísica en el conocimiento. En otra parte el filósofo ha dicho que no hay ciencia segunda sin ciencia fundamental. La metafísica ha asumido desde siempre el compromiso de fundar las condiciones y posibilidades de la ciencia, y el siglo XX y lo que va del XXI, pese a sus contrastes, no ha de ser la excepción.

¿Cuál es, estrictamente, el cuerpo de las verdades de hecho en que decanta la obra de Nicol? Dejemos que el autor mismo responda: “el hecho de la omnipresencia del ser; el de la temporalidad de lo real; el de la comunidad de aquella presencia; el de la comunidad de la propia razón [y la] *racionalidad de lo real*” (Nicol, 2002: 72). Todo esto constituye el cuerpo de los principios de la ciencia. No son la conclusión de una teoría, ni siquiera creación de la metafísica. Son antes bien hechos, verdades de hecho, donde la confianza, sorprendida por el puro devenir, puede hallar efectivamente asidero en la ciencia moderna.

El sistema de las verdades de hecho representa el cuerpo de los principios de la ciencia. “Por esto los principios no han de ser buscados, o elaborados por la ciencia” (Nicol, 2000: 369). Toda elaboración científica conlleva un resabio de inseguridad posible. Los principios han de anteceder a las formulaciones teóricas. “Descubrimos inesperadamente que los principios han de ser verdades de hecho [...] serán evidentes, o no argumentables; comunes, o universales [...] y sobre todo serán primarias” (Nicol, *op cit.*: 71). Los principios poseen dos funciones epistemológicas: por un lado son el fundamento y punto de partida, en este sentido son primarios; mientras que por otro, son moduladores del pensamiento.

“La palabra principio puede significar a la vez el comienzo y el fundamento: la base como punto de partida, y la base como sustento de lo que se construye sobre ella” (Nicol, 2000: 372). El principio se encuentra en el origen y en la base del conocimiento, no los establece la razón, proceden

de la realidad. Quizá esta procedencia nos permita entenderlos como verdades de hecho. Los principios no son hipótesis, son hechos, donde las opiniones variables de la ciencia encuentran justo apoyo.

Esta fundamentación que lleva a cabo Nicol no tiene precedente, es *sui generis*, pues rompe el cerco de la razón hipotética y resbala sigilosamente hacia los hechos, donde encuentra la ocasión para la primera, y más segura evidencia. El edificio de la ciencia, una vez más, encuentra una nueva fundamentación, ahora ya no en el sujeto, sino en un sistema de verdades de hecho que representa un asidero seguro para la confianza del conocimiento, a la altura del momento; con esto prolongando la historia de la metafísica y reitera su importancia.

Un eje para la historia de la metafísica podría ser la historia de las fundamentaciones epistémicas. En la historia no ha existido una manera unitaria ni uniforme de explicar el fenómeno de la ciencia ni su fundamentación. En Nicol encontramos una manera dispar de fundamentarla, la cual se engarza en la concatenación de las fundamentaciones metafísicas y pone de relieve la insuficiencia de la razón para proveerse a sí misma del sustento de sus propias creaciones. La razón es literalmente obligada a reconocer con humildad sus limitaciones y a ver en los hechos la fuente de su información.

Otra peculiaridad más salta en la geografía de las verdades de hecho: la ahistoricidad. Una verdad de hecho no es una creación de teoría, luego no es histórica. Tampoco es

epistemológicamente incompleta, es, *stricto sensu*, apodáctica, luego no es complemento de ninguna otra explicación, por lo tanto no es histórica, porque, además, no es una verdad posible como las demás. “Las verdades de hecho son inmutables [...], no puede ser histórica [...], como lo son las teorías” (Nicol, 1990: 173).

La historicidad de la verdad se explica como creación y como incompletitud argumentativa, factores que están ausentes en la geografía de la verdad de hecho; por lo tanto, ésta no es histórica. No posee alternativas, porque no es producto de un menú de opciones. Al ser completa, no es el relevo de otra. Es inmutable, inalterable. Es el rostro de la ahistoricidad de la verdad.

“Las verdades de hecho, no tienen historia. Sólo se inscribe en la historia el suceso de su hallazgo” (Nicol, 2002: 49). Las verdades de hecho no son producciones humanas, por eso no son históricas; es histórico sólo el suceso de su hallazgo. En otras palabras, el mérito de la filosofía de nuestro autor no se calibra por haber reconocido que los principios del conocer no son, en absoluto, elaboraciones mentales: nadie los forma; sino más bien en haberlos especificado y conferirles una organización sistemática en el cuerpo de una estructura metódica. Histórico es el hallazgo de la sistematización rigurosa de unas verdades, específicas, de hecho. Histórica es la manera de buscar y hallar otro fundamento para la ciencia. Lo meritorio es la articulación rigurosa de una suerte de hechos vueltos el cuerpo propio de los principios de la ciencia.

OBE

Bibliografía

- Balandier, G. (2000). *El desorden y la teoría del caos*. Gedisa, Madrid.
- Lakatos, I. (2002). *Escritos filosóficos 1*. Alianza, Madrid.
- Nicol, E. (1974). *Metafísica de la expresión*. Nueva versión. Fondo de Cultura Económica, México.
- _____. (1980). *La reforma de la filosofía*. Fondo de Cultura Económica, México.
- _____. (1990). *Ideas de vario linaje*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- _____. (1992). *La idea del hombre*. Nueva versión. Fondo de Cultura Económica, México.
- _____. (1998). “Lenguaje, conocimiento y realidad”, *Anthropos*. Núm. 3, Barcelona.
- _____. (2000). *Los principios de la ciencia*. Fondo de Cultura Económica, México.
- _____. (2002). *Crítica de la razón simbólica*. La revolución en la filosofía. Fondo de Cultura Económica, México.
- Ruiz, R. y J. Ayala Francisco (2004). *El método en las ciencias, epistemología y darwinismo*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Sokal, A. et al. (2002). *Imposturas intelectuales*. Paidós, México.
- Villoro, L. (1999). “La verdad”, *El conocimiento*. Trotta, Madrid.